

DESAPARECIDA

MANUEL NAVARRO SEVA



Celia van der Vaart, pintora y restauradora de arte, especialista en Johannes Vermeer, ha desaparecido después de dejar una escueta nota a su marido.

Fidel Sanz, su esposo, tras numerosos intentos de comunicarse con ella en vano, decide contratar a un detective privado para buscarla.

La trama se desarrolla en Madrid, Nueva York y, principalmente, en Ámsterdam.

¿Conseguirá Andrei Vukov, un detective ruso afincado en España, localizar a Celia?

Los personajes que se describen en esta novela son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es casual.

Manuel Navarro Seva

*A la memoria de mis padres
A mi esposa
A mis hijos*

DESAPARECIDA

Manuel Navarro Seva

«Yo no hablo de venganzas ni perdones, el olvido
es la única venganza y el único perdón».

Jorge Luis Borges

Personajes por orden de aparición

Celia van der Vaart.

Pintora y restauradora de arte.

Gregor van der Vaart.

Médico. Padre de Celia.

Fidel Sanz.

Arquitecto. Marido de Celia.

Andrei Vukov.

Detective privado de origen ruso.

Nuria.

Secretaria y esposa de Andrei.

Susan Bennett.

Médico. Amiga de la familia van der Vaart.

Ruud van der Vaart.

Pintor y economista. Hermano de Gregor y tío de Celia.

Rosa.

Enfermera. Compañera de Gregor y madre de Celia.

Sorin.

Obrero de origen rumano.

Ioanna.

Hija de Sorin.

Lisette.

Profesora de francés. Fue amante de Fidel.

Sonia.

Estudiante de Bellas Artes. Compañera de estudios de Celia.

Goyo.

Estudiante de Bellas Artes. Compañero de estudios de Celia.

Frank Vogt.

Marido de una paciente de Gregor.

Natasha (Olga Ivanova).

Prostituta de origen ruso. Vive en Ámsterdam.

Hugo de Groot.

Fabricante de quesos. Coleccionista de pintura.

Janske.

Exesposa de Hugo de Groot.

Elske.

Hija de Hugo de Groot y Janske.

Gretje.

Hija de Hugo de Groot y Janske.

Manfred Groen.

Inspector de la policía holandesa.

Ronald.

Ayudante de Manfred Groen.

Elisa.

Una amiga de Fidel.

Capítulo 1. Habían pasado tres días

Madrid, enero de 2016

Celia, que viajaba con frecuencia, nunca se olvidaba de comunicar a su familia cómo había llegado a su destino. Siempre realizaba dos llamadas, al aterrizar o al llegar al hotel: una a su esposo y otra a sus padres.

¿Ese día lo había hecho? Sí, llamó a Fidel una sola vez, pero este tenía el móvil apagado o fuera de cobertura.

Cuando Gregor recibió una llamada telefónica de su yerno para preguntarle si sabía algo de Celia, no pudo entender por qué su hija no los había llamado, pensó que su comportamiento era reprobable, pero, después de esta primera reacción negativa, la disculpó, pues intuyó que si no les había telefoneado era porque algo grave le había ocurrido.

Fidel contactó, uno a uno, a todos los amigos y les preguntó si tenían idea de a dónde podía haber ido su esposa, si conocían el motivo de su viaje, si habían percibido últimamente en su conducta alguna señal de preocupación, si sabían, en fin, algo, por insignificante que les pareciera, que lo ayudara a localizarla.

Nadie consiguió responder a sus preguntas con información alguna.

Ninguno la había oído hablar de sus planes.

Por otro lado, Fidel telefoneó al museo, donde Celia trabajaba en un proyecto de restauración, y habló con el jefe y con los compañeros de ella. Nadie estaba al corriente del porqué de su ausencia.

Habían pasado tres días desde que Celia se marchó y le había dejado una escueta nota a Fidel, cuando, al fin, este se decidió a presentar una denuncia en la comisaría de policía.

Entregó al funcionario una foto reciente de Celia y su número de carnet de identidad, y le hizo una descripción detallada de sus características físicas. No pudo responder a la pregunta del policía sobre qué atuendo llevaba Celia cuando se marchó, pero eso, pensó Fidel, qué importancia tenía si seguramente ahora iría vestida de otra manera. No creyó que fuera relevante saber qué llevaba puesto cuando desapareció, en todo caso, no lo sabía.

El policía le preguntó cómo era la relación con su esposa, si habían discutido recientemente, si sospechaba que ella pudiera tener algún amigo íntimo... En fin, esa clase de preguntas que suelen hacer los policías con cara de circunstancias.

Le contó que se llevaban bien, que no creía que tuviera ningún amante y que le había dejado una nota en la que le informaba de que se iba de viaje debido a una reunión de trabajo, pero no le decía a dónde se marchaba.

El policía lo anotó todo en el ordenador y mirando a Fidel afirmó:

—Entonces no ha desaparecido, sino que su mujer se ha ido por motivos de trabajo.

—Pero hace tres días que se marchó y no sabemos nada de ella. Estoy convencido de que le ha pasado algo —dijo Fidel, elevando el tono de la voz ante lo que le parecía una actitud engreída del funcionario.

—Oiga, por favor, tranquilícese —dijo el policía alzando también el tono de voz—. Con su denuncia se abre un procedimiento judicial. El juez analizará si hay indicios de delito, pero si se tratara de una desaparición voluntaria, como parece ser el caso de su esposa, el magistrado archivará provisionalmente el procedimiento.

—¿Y ya está, no la van a buscar!?! —dijo Fidel, gritando.

—No, hombre, no es eso. No significa que ya no se haga nada más para encontrarla, se deja constancia de que su esposa es objeto de búsqueda y se manda su fotografía a todas las comisarías del país —replicó el funcionario, tratando de calmar los ánimos de su interlocutor.

Fidel llamó a Gregor para informarle de los pasos que había dado, sin éxito hasta la fecha, y en vista de ello y del tiempo transcurridos ambos tomaron la decisión de contratar a un detective privado para que averiguara dónde estaba Celia. Era lo más sensato.

Gregor le dijo a Fidel que no reparara en gastos, que buscara al mejor detective, y que si lo necesitaba él pagaría las facturas.

Fidel le aseguró que podía asumir el coste, aunque, en realidad, pensaba que una ayuda no le vendría mal, así que le comentó a su suegro que ya hablarían de ese asunto cuando llegara el momento de pagar.

Lo importante ahora era buscar y encontrar a Celia sana y salva.

Fidel localizó la agencia que necesitaba en una web publicitaria. Se trataba de un despacho de detectives que disponía de un equipo multidisciplinar, capaz de atender cualquier clase de asunto familiar o empresarial. La agencia tenía una experiencia de más de veinte años, profesionalidad y máxima discreción, de acuerdo con lo que indicaban en su página de internet.

Llamó al teléfono fijo que encontró en la página web y le contestó una voz femenina con acento andaluz que le preguntó en qué podía ayudarle. Fidel le explicó que necesitaba un detective, y ella le transfirió la llamada a Andrei Vukov, que era realmente el único detective de la firma.

Concertó una cita con él para el día siguiente a las cinco y media de la tarde.

Ese día llegó unos minutos antes de la hora acordada. Llamó por el interfono y la puerta se abrió haciendo un clic. Entró en un edificio antiguo situado en un barrio céntrico de Madrid. Subió en un ascensor que amenazaba pararse o desplomarse, sus paredes de madera crujían como si fueran a derrumbarse de un momento a otro, y la luz que iluminaba la cabina era muy tenue.

Fidel se observó en el espejo, alisó su cabello, abundante y negro, peinado con raya a la izquierda, y se recolocó el nudo de la corbata. Subió hasta la segunda planta y entró en un piso que estaba restaurado y dividido en varios apartamentos de oficinas cuyas puertas estaban situadas a los costados de un largo pasillo. En cada una de las puertas había un letrero que anunciaba: clínica privada, agencia de viajes, Martínez abogados..., y así hasta que encontró la agencia de detectives privados.

Pulsó el timbre de la agencia de detectives y le abrió la puerta una mujer de mediana edad, tendría en torno a los cuarenta y cinco años.

—Pase *usté*. ¿Qué desea? —le dijo, con la misma voz dulce y el mismo acento malagueño con que le había respondido al teléfono el día anterior.

—Tengo una cita a las cinco y media con Andrei Vukov.

Capítulo 2. Un detective ruso

Nuria lo invitó a sentarse y le ofreció un café, un té o un refresco. Fidel la miró a los ojos y rehusó.

—No, muchas gracias. Acabo de tomarme un café en el bar de enfrente, antes de subir. He llegado muy pronto.

—Tendrá que esperar una *mijilla*, ahora sale don Andrei —dijo Nuria.

El empleo del tratamiento de *don* a Fidel le pareció bastante arcaico, pero indicaba a su juicio, al menos de cara a los clientes, el respeto que la malagueña sentía por su jefe.

Antes de sentarse en el sofá la observó de arriba abajo y pensó que era una mujer atractiva, aunque estaba un poco llenita y no era su tipo. Nuria volvió a su puesto detrás de una mesa.

La oficina del detective era más pequeña de lo que Fidel había imaginado, disponía de una salita de espera en la que había un sofá y dos sillones negros de polipiel con una mesa de centro, más un escritorio donde atendía el teléfono la malagueña, y dos puertas que estaban cerradas. Una de las puertas era la del cuarto de baño a juzgar por los símbolos que había pegados en ella; la otra era la del despacho del detective.

En ese momento no había nadie más que él en la estancia. Se acomodó dispuesto a esperar su turno, y pensó que aquello no respondía a una agencia de detectives, al menos tal como él la había imaginado después de leer el anuncio en internet —equipo multidisciplinar, amplia expe-

riencia, profesionalidad, cualquier clase de asunto—. Podía estar bien para la consulta de un podólogo o de un pica-pleitos, pero no para una oficina de detectives.

Supuso que quizás había varios despachos de la firma en otros puntos de la ciudad y se quedó más tranquilo.

Tomó una revista de la mesa de centro, una publicación atrasada de cine, para matar el tiempo. La hojeó con poco interés. Estaba pensando en cómo iba a plantearle al detective el asunto que lo había llevado hasta allí.

Después de unos quince minutos de retraso sobre la hora de la cita, que a Fidel se le antojaron una eternidad, el detective, desde el umbral de la puerta del despacho, despidió a un cliente y a continuación le indicó a Fidel que pasara. Este cerró la revista, la dejó sobre la mesa y entró en un pequeño y austero estudio.

En el cristal opaco de la puerta pudo leer Andrei Vukov, escrito con letras mayúsculas, y, debajo del nombre, detective privado. El patronímico le produjo un efecto positivo, de profesionalidad y de extrañeza, ¡un nombre ruso!

El aspecto del detective le recordó a Vladimir Putin, delgado y no muy alto, se diría que de un metro setenta, pelo escaso y rubio con algunas canas, cara de rasgos rusos, y de similar edad que el presidente de la Federación Rusa, tendría unos sesenta y pocos años.

Andrei Vukov era un exespía ruso que había trabajado en el Directorio de Operaciones Exteriores y Contrainteligencia del KGB hasta que fue trasladado a la embajada de la Federación Rusa en Madrid en 1992, meses después de disolverse la Unión Soviética y el Comité para la Seguridad del Estado o KGB.

En aquel momento, cuando lo expatriaron a España, no sabía hablar el castellano, pero poseía una asombrosa facilidad para los idiomas, hablaba inglés y alemán con fluidez, además del ruso, y entendía algo de francés. Poco después

de llegar a Madrid siguió un curso de español y a los tres meses lo manejaba con bastante soltura.

Unos años después dejó su empleo en la embajada rusa, donde no tenía en realidad mucho que hacer, y trabajó como taxista, empleado en una agencia internacional de transportes, traductor y profesor particular de ruso.

Conoció a Nuria y se enamoró de ella. Nuria era una malagueña simpática y muy atractiva, de ojos grandes y cabello negro, mucho más joven que él. Estuvieron saliendo juntos durante un tiempo de aproximadamente un año, y se casaron.

Poco después de conseguir la nacionalidad española Andrei obtuvo una licencia de detective privado y fundó su propia empresa de investigación —la agencia multidisciplinar—.

Nuria renunció a su puesto de secretaria en la compañía de transportes donde había conocido a Andrei, para ayudarlo en la agencia de detectives como secretaria y chica para todo.

La agencia solo tenía dos empleados: Andrei y Nuria —no había ningún otro despacho en ningún otro emplazamiento de la ciudad—.

De manera esporádica el detective contrataba a un ex-policía nacional jubilado para que lo ayudara en algún caso complicado, aprovechando su experiencia y conocimiento del cuerpo de policía.

Fidel entró en el despacho del detective, un estudio modesto y no muy grande, y cerró la puerta tras él.

—Siéntese, por favor —le dijo Andrei, señalando con la mano un sillón igual al que había ocupado en la salita de espera.

Fidel se desabrochó la chaqueta y se sentó con las piernas abiertas. Sacó un pañuelo blanco de tela del bolsillo del pantalón y se secó el sudor de las manos.

—Usted dirá —le dijo el detective desde el otro lado de la mesa.

—Lea esta nota, por favor —dijo Fidel entregándole el papel que le había dejado Celia—. La escribió mi mujer antes de desaparecer hace ya cuatro días y la dejó sobre la mesa de mi escritorio.

—¿Celia...?

—Perdone..., mi esposa.

—Da.

El detective tomó la cuartilla que le había pasado Fidel y la desdobló para leerla.

—¿Qué significa esto? —inquirió Andrei, mirando a Fidel.

—Haga lo que le digo, léala, por favor —contestó Fidel, mientras observaba las marcas que el acné juvenil le había dejado en la cara al detective.

Andrei dirigió su atención hacia el papel que sostenía en las manos, y lo leyó en voz alta. Era un escueto texto que firmaba Celia.

La nota decía así:

Querido Fidel:

Me voy ahora mismo de viaje, tengo una cita de trabajo esta tarde, y un taxi esperándome en la calle para llevarme al aeropuerto.

Te he llamado al móvil pero lo tenías apagado. Te volveré a telefonar esta noche.

Celia

Fidel observó la reacción del detective y cómo movía la boca, una boca de labios delgados, mientras leía la nota.

Cuando hubo terminado de leerla, Andrei miró con atención a Fidel y le dijo:

—Su esposa dice en este papel que le telefoneó y tenía usted el móvil apagado. ¿Es así?

—Sí. Tengo una llamada suya registrada en mi teléfono.

—Supongo que su esposa no volvió a ponerse en contacto con usted después de esa primera llamada. ¿Me equi-